

indidos hasta el codo en una  
onosa, una muchacha—Raquel,  
nta—hace la colada en el patio  
Pedrappio.

.....  
n embargo, que su vida no es  
son campesinos tan pobres que  
ostenerla en su casa. La han  
ción en casa de doña Rosa  
da del herrero.

hace todo el trabajo gordo de  
es muy divertido que digamos!  
n más que algunos carreteros  
gos un vaso de vino y se atra-  
os domingos vienen los ricachos  
gar a las cartas y arrasar la des-

en otro tiempo era muy diferente.  
taba a sus amigos para hablar  
éndose buen vino. Se dice que  
un hombre rudo. Un *rojo* que no  
sus ideas y que por ellas fue en-  
árcel. Pero, el herrero ha muerto.  
o se escucha su martillo golpear  
e, su viuda, la señora Rosa, no  
sombra.

a sus tres hijos—Benito, Ar-  
no contó más que con los ma-  
de la posada y su pensión de  
ocho liras por mes.

Es una mujer marchita que camina a pasos  
de pajarillo y se sobresalta al menor ruido. Su  
sonrisa es a la vez tan dulce y tan triste que  
nadie se atreve a mirarla a menudo, por miedo  
de que vaya a echarse a llorar.

Felizmente, los muchachos son grandes en la  
actualidad. No hay más que uno, el mayor—  
Benito—que dé aún preocupaciones a la señora  
Rosa.

Este—piensa Raquel con admiración—es un  
verdadero demonio! Es socialista como su pa-  
dre y también ha estado ya en prisión a causa  
de sus ideas. Es un hombre que quiere cambiar-  
lo todo, dar trabajo a los pobres y pan a los  
hambrientos. ¡Como si eso fuera posible! Pero,  
es también un sabio. Ha sido instructor y luego  
profesor de francés en Oniglia. Ha viajado por  
los países extranjeros. No se sabe a ciencia cierta  
lo que ha hecho por allá. Dice la gente que los  
suizos y los austriacos lo encarcelaron. Ahora  
escribe en los periódicos y es Secretario de la  
Federación Provincial Socialista. ¡Tiene que in-  
quietar a su mamá! La política no es un oficio.  
Ésta es también la opinión de Raquel. Si se  
atrevera, se lo diría a Benito.

—Raquel—dijo la señora Rosa desde la ven-  
tana—vé a buscarme zanahorias a la huerta, para  
la cena.

—Sí, señora Rosa.

Cuando cumple el encargo, la sirvienta vuel-